

EL JUSTO PRECIO

Al enfocar los problemas económicos, se suele prescindir demasiado de su aspecto ético, y aun se tiende a establecer una pugna entre el bien material y el moral, que no debe existir.

El bien moral es el bien supremo, pues aun prescindiendo de toda cuestión ultraterrena, lo que el hombre busca en su vida no es acumular bienes materiales, aunque a veces torpemente se dedique a ello, sino realizar esa íntima satisfacción, esa conformidad entre su vida externa y su vida interna que constituye la sutil y vaporosa realidad del vivir feliz y contento, un bien moral en suma.

Conocido es el apólogo del hombre feliz que no tenía camisa. Él nos enseña que no es preciso tener camisa para ser feliz, pero sería una falsa moraleja la de que el ser feliz consiste en no tener camisa. No es preciso tener camisa para ser feliz y, en el trance de elegir, es mejor ser feliz que tener camisa, aunque lo óptimo es ser feliz y tener camisa.

El bien material no es el más importante, pero es un bien que añade adarmes a nuestra dicha. Que él por sí solo no conduce a la felicidad, lo demuestra el *spleen*, esa neurastenia de los opulentos, tan desdichada como la miseria, pues lleva al suicidio.

La privación del bien material es un tormento, una infelicidad, un padecer. Queremos para nosotros y los nuestros bienes de que no es bueno verse privados por completo, porque puede acarrear un resentimiento o un sentimiento de inferioridad que deprime. Es legítimo evitar ese padecimiento, pero malo tener que pagar por ello un precio que ofenda nuestra conciencia.

La lucha entre el bien material y el moral es un drama que llena la Historia. Algunos han tratado de resolverlo por el renunciamiento, y a esa línea de conducta corresponde al ascetismo cristiano, la escuela pagana de los cínicos a lo Diógenes y el ideal hindú del nirvana. En el lado opuesto se hallan los que convierten en finalidad de la vida conquistar el bien material: los epicúreos, los sensuales, los sibaritas, los codiciosos, los que se rinden al goce de los sentidos o al amor del dinero.

Muchos economistas modernos hacen objetivo de su ministerio de hombres de ciencia y de políticos sociales el incrementar los bienes físicos, considerándolo índice esencial del bienestar de los

pueblos. Esto es aportar a la Economía una mentalidad de plan quinquenal.

Los planes quinquenales los inventaron los comunistas. Es muy propio de los gobiernos despóticos centrar su acción en realizaciones materiales, y ello es doblemente adecuado a la mentalidad bolchevique, que profesa, como doctrina filosófica, el materialismo histórico y existencialista.

La solución normal para el hombre corriente no está en el renunciamiento ni en la polarización sobre el bien material, sino en la armonización de él con el moral, de modo que no se estorben, sino que coadyuven a los fines últimos. Esto es lo que olvidan los que quieren medir por un número el grado de avance de un país, el cual no depende de la cantidad sino de la calidad de esos bienes y de la manera de su consecución.

Aun de los pueblos más ricos, de mayor renta por individuo se ha dicho que el crimen es la mayor industria del país, la que ocupa más gente; en ellos el suicidio se produce con más frecuencia que en los pobres, la intoxicación por los estupefacientes se halla más extendida. Éstos son signos de que algo falla en ellos, algo que la prosperidad material no logra suplir.

La moral económica nadie la ha definido mejor que Santo Tomás de Aquino. Su doctrina en este punto puede resumirse en el deber del justo precio, en la obligación del servicio al prójimo y en la condenación del interés capitalista, que luego la Reforma pretendió justificar. Y aun se podría resumir en el justo precio, ya que el precio no puede ser justo si no consiste en un servicio útil para los demás y oneroso para quien lo presta. El mismo interés no se condena sino por entender que representa una ganancia sin justo servicio recíproco, puesto que «el dinero no pare dinero»; el interés es «el precio del tiempo que pertenece a Dios».

La dificultad, dificultad de carácter técnico y no doctrinal, consiste en definir lo que es el justo precio y dar un medio de medirlo.

Una cosa hay que dejar sentada de antemano: que el justo precio no puede ser determinado subjetivamente por un ser humano. ¿Qué pasaría si, cuando vamos a comprar en la tienda, el tendero se limitara a sopesar con la mano lo que nos da

por un kilo o una libra de mercancía o a determinar los metros de tela a ojo de buen sastre? Aunque fuera el hombre más honrado del mundo, los clientes no se conformarían, y se suscitarían cuestiones interminables, que sólo puede resolver una balanza fiel o un buen metro.

Pues bien, el peso y la medida no son más que la mitad de la justicia cambiaria. La otra mitad la constituye la buena medida de lo que se da a cambio, es decir, el precio, prácticamente la suma de dinero con que se paga la compra.

Necesitamos también una balanza para medir eso. ¿Y cuál es la balanza que sirve para medir los precios? No hay más que una: el mercado. Todo lo demás es el método de sopesar las cosas por un buen juez de pesos.

Si el precio a que nos vende el tendero es aquel a que se vende a todo el mundo y en todas las tiendas en general, nos declaramos satisfechos de que no se nos ha engañado. Esto no quiere decir que ese precio en sí es bueno. Casi siempre la gente vive quejándose de que «la vida está muy cara», de que «todo sube», y así sucesivamente. Ello significa que, aun reconociendo que el mercado es un buen instrumento de fijar precios, no siempre tenemos un buen mercado, como sin dejar de admitir que la balanza es un buen instrumento de determinar pesos, a veces no tenemos una balanza fiel. Que haya balanzas inexactas, no implica que se haya de acudir a los catadores de pesos para que digan, según su leal saber y buen ojo, si un peso es justo, mejor que emplear una buena báscula.

Pues esto es lo que estamos haciendo constantemente en materia de precios, de medida de lo que hemos de dar justamente a cambio de lo que tenemos que comprar: acudir a quienes, después de largos y complicados estudios, nos digan cuál es el bueno y justo precio, que ahora es tanto y al cabo de algunos meses será cuánto, sin nunca tener norma fija, con lo que resulta que cada vez estamos más desorientados al juzgar si se nos cobra de más o hacemos buena compra.

No es mi ánimo desconocer las razones de quienes tienen que obrar así. Ellos se encuentran ante el problema de unos mercados desarticulados —digamos gráficamente ante una balanza que no pesa bien, ante un metro que unas veces se alarga y otras se encoge— y, frente al clamor de protestas que todo eso origina, han de dar una solución que lo aplaque, haciendo callar a los que más molesten con su alboroto. ¿Cómo? ¿Estableciendo una norma definitiva de justicia? Quienes se ven obligados a tan enfadosa faena serán seguramente

los que menos lo piensen. Se trata de establecer un *modus vivendi* para ir tirando, que eso suele ser la política, aun la buena política. ¿Acaso se puede aspirar a más para suplir la falta de un mecanismo adecuado?

El que ese mecanismo falte no es culpa de los políticos. A ellos les va, en forma tumultuaria, un problema que debieran haber resuelto los técnicos, en este caso los economistas que son los mecánicos de los aparatos sociales. Necesitamos un mercado justo, fiel, y no lo tenemos. ¿Qué remedio sino acudir a los buenos catadores de precios, para que nos digan cuál es el precio justo a su juicio?

Sólo que un precio así determinado no es un precio que todos puedan reconocer sin discusión, así están saltando todos los días a las columnas de la Prensa y a los corrillos de las plazas públicas las discusiones sobre los precios de esto y aquello, sin que acabemos nunca con un problema que debiera estar resuelto desde que el mundo decidió cambiar unas cosas por otras.

Con esto que hoy escribimos no hemos hecho más que plantearlo por enésima vez. Otro día diremos nuestro parecer de cómo debe resolverse.

GERMÁN BERNÁCER